

Un miedo compartido

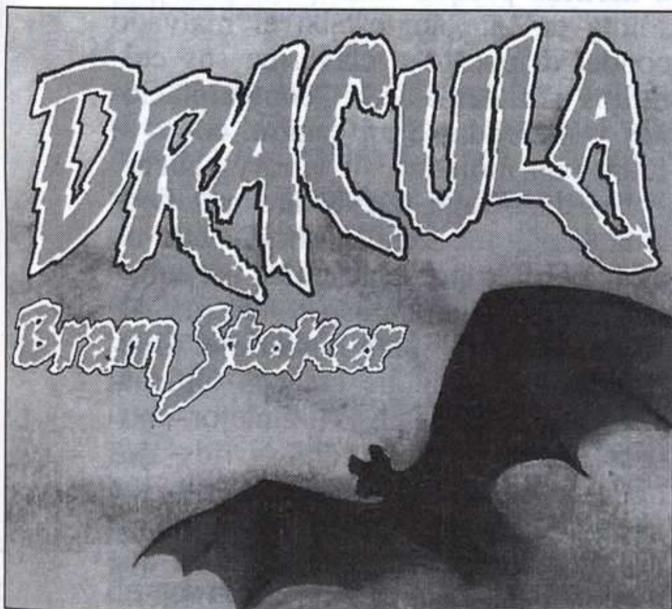
por **Jaume Cela***

Ficha técnica

Drácula,
de Bram Stoker.

Versión cinematográfica
Drácula (Dracula, 1958).

Dir. Terence Fisher Prod. Hammer (Gran Bretaña). Intér. Peter Cushing, Christopher Lee, Melissa Stribling. Disponible en vídeo.



M. GARCÍA-MONZÓN, DRÁCULA, MADRID: ANAYA, 1993.

Si los recuerdos infantiles de don Antonio Machado son el patio de Sevilla y el huerto, con el limonero que madura lentamente, los míos son una sala oscura, un silencio de caramelo «Darling», un golpe de luz y dos ojos abiertos como platos. Y una experiencia compartida con el grupo de la calle.

Nací delante de un cine. Cine Bretón, se llamaba, y jamás me preocupé por indagar el motivo de este nombre. No creo que tenga ninguna relación con las distintas definiciones que se encuentran en el diccionario de esta palabra. Posiblemente fuera el apellido de un antiguo propietario. El día que se anunció la defunción del cine y se proclamó su conversión en gimnasio, me sentí como el personaje de la película *Cinema Paradiso*. Días y días estuve observando los tipos que salían del gimnasio, de rendir culto al cuerpo. Ninguno se parecía a Steve Reeves, héroe de algunas películas de romanos que nos hacía gritar como locos. Ellos jamás serían como el musculoso Steve, y menos a costa de haber fagocitado un cine.

Mi infancia está poblada de personajes nacidos del celuloide. Héroe intachables que eran capaces de cualquier sacrificio. Héroe duros, sin pelo en el pecho, aunque poco pecho



DRÁCULA, TERENCE FISHER (1958).

veíamos en aquellos tiempos. Héroe que besaban no a la manera que canta don Vicente Aleixandre, «besos alados», cuando alegres, «descuidadas palomas». Eran besos que se adivinaban apasionados, pero que se resolvían fugazmente, de «ahora llego pero ya me voy». Los cortaban. Nos regateaban la miel en los labios. Otra vez *Cinema Paradiso*. En estas ocasiones, los de la calle gritábamos, protestábamos porque intuíamos que nos robaban algo muy íntimo que nos pertenecía. Buena parte de nuestra educación se-

xual se perdía en cada corte. Pero nosotros silbábamos hasta que la luz de la linterna del señor Luisito cortaba de raíz el griterío. Recuerdo que envidiaba a Charlton Heston, porque cuando besaba doblaba a su pareja como si fuera un as en las hábiles manos del jugador. Yo sería como él.

En mis recuerdos, el Tarzan del cine nació antes que el de Edgar Rice Burroughs. Y Robert Taylor precedió a Walter Scott y Sienkiewicz. Y la pérfida Milady de papel tuvo que esperar que me desenamorara de Lana Turner. Incluso tuvo que aguardar Stevenson. Ahora no. *La isla del tesoro* transita por mi cuerpo cogida de la mano de sus versiones cinematográficas. Y el «Aibooo» de los enanitos se confunde con el grito del rey de los monos, los golpes de Laurel y Hardy, los cantos de los indios, que siempre eran malísimos, muy feos —hasta que llegó Burt Lancaster, claro— y se morían como moscas dando vueltas y vueltas alrededor de una caravana, que no era de rica miel, precisamente.

Drácula jamás me visitó

Pero un personaje se impone por encima de todos los demás. Es un hombre alto, elegante, de mirada sanguinolenta, oscuro como la muerte. Negro como los hijos de la noche. Hablo de Drácula. Hablo de Christopher Lee.

Cuando daban una película de terror, a medida que avanzaba la historia, el grupo de la calle, que nos sentábamos en la tercera o en la cuarta fila para no perder detalle, se disolvía silenciosamente y cada cual se refugiaba al lado de algún familiar. El albergue protector que me recibía era mi abuela, una mujer gruesa, de rostro redondo y dedos rechonchos, como los deben de tener todas las carniceras, aunque ella no lo era. Siempre se sentaba detrás de las localidades reservadas a las autoridades, de esta manera se aseguraba que nadie le impidiera la visión de la película. Cuando Drácula aparecía junto a la cama de su víctima —si la memoria no me traiciona, acostumbraban a ser her-

mosas mujeres, de pelo oscuro y vestidas con un camisón immaculado— la presión de mis dedos dejaba huellas en la palma de la mano de la abuela. Cuanto mayor era mi fuerza, más profundas eran las señales que quedaban y más tardaban en desaparecer. Miraba las escenas más horribles a través del ojal del abrigo, como si así pudiera mitigar el miedo que me invadía. Mi abuela se reía y yo no entendía cómo aquellas escenas podían provocar la más leve de las sonrisas. Más adelante descubrí que reír es una manera de impedir que el miedo nos venza. Luego, cuando cambiaban la película, volvíamos a juntarnos todos los de la calle, pero antes habíamos hecho desaparecer el sudor frío que nos había invadido.

Pero todavía no había llegado el peor momento, que no era otro que cuando me encontraba solo en mi habitación. Se dice que hay actores que se llevan a su personaje a casa, cuando terminan el rodaje. Otros lo dejan colgado en el perchero del estudio, para recogerlo a la mañana siguiente. En aquella época, yo me llevaba conmigo a los personajes que veía en la pantalla. Ayer podía ser Cooper, solitario delante del peligro; o el bello Hudson, enamorando a todas las Days que se le cruzaran en el camino. Drácula me acompañaba hasta el borde de la cama, casi se acostaba a mi lado. Cerraba los ojos y no me atrevía a abrirlos porque tenía la certeza absoluta de que ahí estaba el malvado conde, dispuesto a clavarme sus colmillos sin demasiadas contemplaciones y merendarse mi sangre, como si fuera pan mojado con vino y azúcar.

No hace falta que aclare que Drácula jamás me visitó. Ahora debe de estar perdido por esas calles tan luminosas de Barcelona esperando que alguien crea en él para hincarle el diente. Pero ahora nadie cree en Drácula y esta incredulidad es el mejor antídoto contra su presencia. Ni los ajos ni las cruces serían ninguna solución si apareciera de sopetón. Ni la misma luz del sol. Es la incredulidad que tengo, lo que me salva de su poder.

Al pobre Christopher Lee no lo he podido ver sino como Drácula. Inclu-



Christopher Lee, el Drácula más carismático.



El Drácula de Fisher poco tiene que ver con la obra de Bram Stoker, un clásico que admite varias lecturas.

so cuando interpretaba al perverso Fu Manchu. Uno de los personajes de *Aeropuerto 77* era Lee. Cuando aparecía en la pantalla, yo observaba su rostro. Estaba convencido de que me dedicaría una de sus rojas miradas, que me guiñaría el ojo, que levantaría levemente una parte del labio para mostrarme el colmillo afilado y brillante. He reducido al elegante actor inglés al trágico personaje que tantas veces interpretó. Lo mismo le ha sucedido a Anthony Perkins, que aunque hiciera de Papa Noel no dejaría de ser Norman Bates.

Siento simpatía por Drácula, porque la siento por todos aquellos per-

sonajes que no pueden escapar a su destino. Como Edipo. Como el desgraciado hombre-lobo. O como la pobre bestia que espera la llegada de la bella de turno. Cuando abandoné los pantalones cortos, descubrí que Bela Lugosi había sido Drácula antes que Lee. Pero sus películas me provocaban una risita parecida a la de mi abuela. Lugosi tampoco supo sustraerse a la fuerza del personaje que interpretó y su vida acabó como el rosario de la aurora. Ni el *Nosferatu* de Murnau, ni el de Herzog, lograron hacer desaparecer la temprana impresión que me causó el vampiro interpretado por Lee.

Mi querido Lee

Posteriormente, leí la obra de Bram Stoker. Cualquier parecido con la realidad fílmica de los productos de la Hammer era pura coincidencia. Para ver una obra bastante fiel al referente literario hemos tenido que esperar la película de Coppola.

Drácula es un clásico y este tipo de obras admiten diversas lecturas. Existe un Drácula romántico, que pulveriza los límites de la moral. Otro que tiene que ver con el mito de los ángeles caídos y la fascinación que despierta el mal. Un tercero que podemos relacionar con las historias que nos



NOSFERATU, F.W. MURNAU (1921).

han llegado de Vlad III Draculea. Pero para mí, Drácula será siempre aquel ser que me esperaba junto a la cama, con una mirada helada.

De la misma manera que los zurdos que muestra Robert de Niro en el moderno *Frankenstein*, de Kenneth Branagh, no han hecho palidecer la cabeza cuadrada con tornillos de Boris Karloff en mi recuerdo, los colmillos que espero son los de Lee. Ni Cruise, ni Pitt, ni Banderas, ni Rea, que ya es decir, podrán relegar los de Lee al baúl de los olvidos.

Las películas modernas de miedo ya no me asustan. No sugieren, sino que muestran con desgarró el terror y esto me provoca la misma sensación que ojear cualquier periódico o ver cualquier telediario. La poesía que había en aquellas películas se ha perdido. Y todos somos algo más huérfanos.

Jamás comparo una película con un

libro, ni el libro con la película. Me dejo poseer por ambas formas expresivas sin condiciones previas. He visto películas maravillosas de libros maravillosos. También malas películas de buenos libros. He de confesar que no tengo contabilizadas demasiadas buenas películas de malos libros, pero de todo hay, como en la viña del Señor, sólo que un ataque inesperado de pereza y el poco espacio del que ya dispongo me impide reseñarlas.

Jamás he entendido los lamentos de los escritores que protestan cuando ven el resultado cinematográfico basado en obras suyas. No sé si Velázquez estaría de acuerdo con la versión que dio Picasso de sus *Meninas*. Ni Millet con la interpretación que dio Dalí de su *Angelus*. Unas y otras son obras que están ahí, que poseen una vida autónoma, que no deben ser esclavas de su referente. Están ahí, expuestas para que el lector o el espec-

tador las diseccione, las ame o las odie. Creo que era Otto Preminger quien decía que no contaba entre sus obligaciones gustar al novelista en que basaba alguna de sus películas. Se compran los derechos y el director crea su obra. Si el autor quiere ser también el responsable máximo de la película, que ponga su ojo detrás de la cámara y que dé la orden de «corten» cuando lo crea necesario.

Sólo me queda lanzar una llamada a Lee, donde quiera que se encuentre. Querido Lee: cuando era un niño sólo podía ofrecerte mi miedo, puesto que poca cosa más poseía —y parafraseo las palabras de uno de los vampiros de Anne Rice—. Pero no viniste a visitarme. Ahora puedo ofrecerte mi incredulidad. Venga ya, decídete. ■

* **Jaume Cela** es escritor y profesor.

Otras versiones

—*Nosferatu* (Alemania, 1921), dir. F.W. Murnau.

—*Dracula* (EE.UU., 1931), dir. Tod Browning.

—*Dracula* (EE.UU., 1973), dir. Dan Curtis.

—*Dracula* (Gran Bretaña, 1979), dir. John Badham.

—*Nosferatu/Nosferatu, phantom der nacht* (Francia/Alemania, 1979), dir. Werner Herzog.

—*Dracula* (EE.UU., 1992), dir. Francis Ford Coppola.

Bibliografía (selección)

Drácula, Barcelona: Plaza & Janés, 1986.

Drácula, Madrid: Anaya (ilustrado), 1992.

Thomas, R.: *Drácula*, Barcelona: Ediciones B, 1992 (adaptación oficial de la película de Coppola al cómic).

Drácula, Barcelona: Montesinos, 1994.